

SUZETTE CELAYA AGUILAR

NOSOTRAS

Give me a reason to love you
Give me a reason to be a woman
I just wanna be a woman

Glory Box, Portishead

I

Mis paseos nocturnos me dejan ver que algunas familias ya empezaron a partir. Se marchan guarecidas por la noche, por la estridencia de los grillos, por los tecolotes y por alguna vaca que muge mientras observa la luna. Los que se van intentan no ser vistos. Sólo se escuchan sus pasos apresurados, como si fueran una manada de caballos fantasma. Yo los sigo sin que lo noten.

Primero fueron los Vara. A ellos los escolté hasta donde los esperaba un camión que pude escuchar pero no ver. Esta noche son los Ortega. Un niño pequeño habla y luego calla de súbito, como si la palma de una mano atrincherara sus palabras. Pero no es la voz infantil lo que los delata, sino el choque del metal de las ollas con las que cargan. A ellos ningún transporte parece esperarlos. Yo permanezco en el lindero hasta que los pasos se callan.

Saco mi espejo y lo apunto hacia donde escuché las voces. El cristal me devuelve un reflejo negro, inútil. Lo guardo de nuevo.

No sé qué pase con los que se van cuando ya no los veo ni los escucho. A veces creo que en la noche la os-

curidad toma cuerpo y castiga a quienes se atreven a cruzar los confines del pueblo. Que esa oscuridad lanza a las familias al fondo de un precipicio y las hace añicos, dejando un arsenal de huesos sin reclamar.

Lo que sí sé es lo que sucede cuando una familia se va: amanece una casa vacía, una que en días se convierte en cadáver. Yo he visto cómo el adobe se resquebraja y se plaga de grietas que simulan venas sin sangre, ríos sin caudal. Cómo el polvo se vuelve el único habitante y los techos se cuarteán y las puertas azotan el suelo. Más de una vez he presenciado cómo un temblor manso sacude los muros y éstos caen a la tierra.

Temblores pequeños que suceden por aquí y por allá y que algunos percibimos y otros no.

Tal vez temblores que quieren volvernó escombros junto con las casas, sepultarnos.

Hacer de este paraje un cementerio inmenso.

Como si no fuera suficiente con la noticia de que el pueblo va a desaparecer, de que tenemos que partir. Cosa de un año, dijeron. Yo que prometí estar aquí hasta mi muerte.

Camino de regreso, descalza, y una piedra me insulta la planta del pie. Quizá para hacerme ver que este machete oxidado que traigo en la mano no puede protegerme del todo. O para recordarme que esta noche desvíe otra vez mi camino.

Llego al pueblo y, en lugar de ir a cuidar del cuerpo moribundo que me espera, camino hacia la casa de alguien más. Me asomo por la ventana y observo a quienes ahí viven. No es la primera vez que lo hago, esto de ver cómo viven los otros. A veces apenas asomo un ojo; otras,

los miro de lleno a través de cortinas casi transparentes que el viento me unta en el rostro y me vuelven un espanto. Nadie me ve, estoy segura. Ni siquiera cuando rasguño el machete contra el muro y escucho que dentro alguien asevera «es una lechuza» o «lo que sonó fue el viento».

Lo que sucede dentro de esta casa es parecido a lo de siempre, a lo que pasa en tantas otras. La mujer hace lo suyo: sirve, cuida, calla. El hombre ni siquiera la ronda. Tal vez está atrás, en el patio, sentado en una silla mirando al cielo. O en la cantina.

He de decir que hay noches en las que no veo una sola mujer al asomarme por las ventanas, y las imagino ordeñando a las vacas, envueltas en la espesura de la madrugada, o bañándose en soledad en el río. Incluso las sitúo frente a las tumbas del cementerio, así como yo acostumbro hacerlo.

Marcho de vuelta a mi casa arrastrando el machete, que con su peso deja un surco tras de mí. Atravieso la plaza solitaria. Aún cuelga del quiosco la lona de la fiesta del Año Nuevo: FELIZ 1967.

Al llegar espero ver a alguna mujer asomándose hacia dentro del cuarto donde yace mi abuela agonizante, pero no encuentro a nadie. Me recargo sobre el marco de la ventana y observo el cuerpo imaginando que es la casa de alguien más. Como si fuera otra y no yo la que abandona por las noches a esa figura moribunda para perseguir a escondidas a quienes dejan el pueblo.

A los pies de la cama hay una cruz de palma, me pregunto quién la lanzó. Pero es en el pecho de mi abuela,

ésa con quien comparto el nombre, donde fijo mi mirada
en busca de la respiración fatigosa de los últimos días.
Por fin está inmóvil.



Siempre traigo conmigo un espejo. Lo compré de niña para regalárselo a mi madre, sabiendo que no podría entregárselo nunca. Que jamás la vería reflejarse en ese cristal. Lo compré porque me di cuenta de que hay un día en el que los hijos obsequian regalos a sus madres y yo quise hacer lo mismo. Es ovalado y cabe en la palma de mi mano. En la parte trasera tiene un sol con ojos, nariz y boca. Su color plateado contrasta con mi piel oscura como tierra mojada. Es pesado.

Con el paso de los años comprobé su utilidad para reflejar las cosas tal y como son, sin los engaños que me provoco. Por eso siempre lo traigo conmigo. Porque a veces no creo en lo que veo.

2

Tocan la puerta. Intuyo que la muerte de mi abuela ya se sabe. Imagino su alma convertida en un susurro que llegó a los oídos de la gente del lugar y le dijo: «Ya dejé de estar aquí, ya mi existencia es otra». Pero al abrir veo a Antonia, ya enfundada en ropas negras. Ella es una de las tantas mujeres que visitaban a mi abuela cada jueves para rezar el rosario, más por las monedas que les entregaba que por religiosas.

—Mi más sentido pésame, Violetita, Dios le abra las puertas del cielo a tu abuela. Anoche me asomé por la ventana para dejarle una cruz de palma y la vi. Ya era otro su descanso.

—Gracias, doña Antonia, pero aún no estoy lista para visitas.

—Tú no te preocupes por nada, estarás cansada y desconsolada. Nosotras prepararemos todo para el funeral, uno digno para una mujer tan santa como tu abuela —me advierte al tiempo que me aparta un poco y entra—. Ya sabía yo. Nunca me han gustado los años que terminan en siete. Así quedará éste: 1967, el año en que doña Violeta viuda de Cuesta dejó este mundo.

Antonia y su zalamería entran al cuarto donde está mi abuela. La mujer suelta el llanto y deja caer su cuerpo sobre el que yace frente a ella.

—Pobre doña Violeta, ella que quería llegar a los noventa años... —mientras solloza, Antonia clava su mirada en el anillo de oro con dos manos entrelazadas que mi abuela siempre trajo consigo—. Tan bella esta argolla... ¿has visto que detrás de las dos manos hay un corazón? Habría yo de cuidarla durante el funeral, no falta un mañoso...

—O mañosa —le respondo, apartándola—. Antonia, regrese más tarde. Le repito que no estoy lista para visitas.

—Tú mandas, Violetita, ahora ésta es tu casa.

La mujer sale y yo me dejo caer en una silla al lado del lecho mortuario. Le retiro el anillo de oro a mi abuela. Queda una marca apretada y blanquísima en el dedo anular de su mano derecha. Noto que el anillo está formado por tres argollas y que las dos manos entrelazadas en forma de saludo pueden separarse. Al abrirlas aparece detrás de ellas el corazón del que habló Antonia. Un pequeño corazón de oro, no con forma humana, sino ése que se dibuja en la tierra cuando se está enamorada. Entrelazo de nuevo las manos y regreso la argolla al dedo de la muerta.

Me levanto y observo la figura de la mujer con la que he vivido siempre. Su cuerpo se conservó robusto hasta el final. El tiempo no carcomió su carne como suele hacerlo con los cuerpos decadentes. Sus manos arrugadas, ésas que tantos billetes contaron, siguen regordetas. Rozando la punta de sus dedos encuentro su larga cabe-

llera blanca, acomodada a ambos lados del cuerpo. La palidez de la melena luce oscura en comparación con la piel tan clara de sus brazos, de su cuello, de su rostro. Sobre los ojos tiene dos monedas doradas que ella misma se colocó hace unos días. Le tomó una eternidad alcanzar primero el ojo derecho y luego el izquierdo, y el esfuerzo de la anciana me hizo pensar que no sobreviviría a la faena. Pero su pecho siguió subiendo y bajando.

Me pregunto a quién habrán pertenecido antes esas monedas. A un hombre sin trabajo, a una mujer abandonada. Todos recurrían a doña Violeta viuda de Cuesta, la prestamista del pueblo.

Cuántas veces la vi sentada en la mesa apilando monedas, contando de diez en diez. Cuántas veces aproveché esos momentos en los que la veía tan feliz con su fortuna para preguntarle quién era mi padre. Cuántas veces el «otra vez con lo mismo, Violetita, ya me confundiste, voy a tener que volver a empezar». Luego el golpe del tacón en el piso, ése que daba siempre al enojarse. «Ya te dije que algún prieto, porque tu mamá era tan blanca, y mírate tú». Recuerdo observar mis brazos morenos, empezarlos a despreciar.

Tomo mi espejo y lo dirijo hacia los ojos de mi abuela. Ahí están las monedas sobre sus párpados. La creo capaz de soltar la carcajada, de señalarme con el dedo y reír sin abrir los ojos, de decirme que ella jamás abandonará este mundo y que siempre tendré que cuidarla.

—Hace días desenterré algunas de tus joyas y las vendí. Imagínate, alguien ha de estar dando el sí con un anillo de segundo uso. O a lo mejor brilla mientras su dueña talla ropa sucia en el río —le digo.

A mi abuela la terminó de matar la certeza de que conmigo agoniza el árbol de nuestra estirpe, de que soy yo la única heredera de su sangre.

Una sangre que me llegó colmada de porquería y que corre por torrentes que no reconozco, por senderos que me son confusos.

Avenidas de existencia que punzan y que puedo tocar sobre mi piel.

Hilos verdosos que ya no podrán replicarse.

Permanezco al lado del cuerpo hasta que el rumor de la muchedumbre hace que me asome por la ventana. Las rezadoras piden verla. Entre los rostros veo el de Jesusa. Le hago señas para que entre.

—Violeta —me dice, abrazándome—, por fin vas a descansar.

—Ya no tengo familia viva —respondo.

Su compañía me reconforta. Jesusa se encarga de cambiar de ropa a mi abuela, de peinarla. Yo acondiciono la pequeña estancia, coloco sillas, hago café.

Cerca de la noche la gente entra, se hinca al lado del cadáver. Una cara tras otra. Algunas mujeres lloran. Otras se acercan y la abrazan. Las escucho decir que la piel aún se siente tibia y tersa.

Dejo a Jesusa y salgo al patio. Noto que alguien encendió una fogata y de repente siento frío. Desabrigada, voy y me siento junto a la mesa que está bajo el mezquite, ese árbol de corteza rugosa y brazos sombríos que luce más muerto que vivo y que me ha cobijado desde mi infancia.

No pasa mucho tiempo hasta que un rostro que no veía desde hace años atraviesa la puerta. Es Fermín,

quien volvió al pueblo después de vivir en el Norte. Trae un cigarro sin encender entre los labios. Se acerca.

—Violeta, mi pésame —me habla, al tiempo que jala una silla y se sienta.

—Gracias, Fermín. Ella ya estaba muy mayor.

—Lo digo por tu hijita. Fue hace mucho, pero de todas formas —aclara, mientras se quita el saco y se levanta de la silla para colocármelo sobre los hombros.

—En unos meses serán nueve años de que murió. ¿Cómo te enteraste?

—Tú me lo dijiste en un sueño —me responde—. Se me olvidó cuánto mezquite hay aquí —repara, mirando hacia arriba.

Fermín enciende el cigarro.

—¿Ya sabes lo que va a pasar con el pueblo? —pregunto, desconcertada por los comentarios de Fermín, espantándome el humo.

—Sí, ni qué hacerle —contesta, al tiempo que se saca una pistola del cinturón y la pone sobre la mesa.

Cuando conocí a Fermín era tímido, delgado como árbol que apenas crece. El cuerpo quedó, la timidez se fue.

—Me dan miedo las armas —hago saber.

—Nos sirven a gente como yo.

Fermín acerca al lagrimal su dedo medio, lo empuja hacia dentro y se saca el ojo. Doy un pequeño salto en la silla. Luego, pone la pieza sobre la palma de su mano, la muestra por unos segundos y de inmediato la coloca otra vez.

—Es un ojo de vidrio. Me lo pusieron allá en el Norte —explica.

—No pensé que eso pudiera hacerse —respondo.
—Fue en un pleito. De milagro sigo aquí.
—Te recordaba menos aguerrido, esa vida allá te
cambió —aseguro.
—El otro ojo quedó bueno.
—Yo tampoco sé si veo bien, a veces —le confieso.
Desde la puerta del patio, Jesusa me llama. Me le-
vanto y le regreso a Fermín su saco.
—Úsalo, hace frío —me dice.
—No lo necesito. Hasta luego, Fermín. Llegaste en
mal momento al pueblo, pero bienvenido.
Entro a la casa. Los sollozos persisten.
—¿A poco es Fermín? —me pregunta Jesusa.
—Sí —respondo—, y no es el mismo.



Violeta, mi monedero. Tráelo y saca dos monedas de oro. No falta mucho para que las necesite. Ponlas aquí, a un lado mío.

Manda llamar al cura, que quiero que me perdone los pecados.

Haz café. Revuélvelo como se mueven las manecillas del reloj. Nunca lo hagas al revés. Es de mala suerte.

¿Me escuchas, Violeta?

Tengo hambre. Ponte a amasar, que quiero comer pan. No se te olvide marcarle una cruz con el cuchillo antes de hornearlo para ahuyentar al diablo.

Tráeme café.

Cómo tardas.

¿Le hiciste una cruz al pan?

Que no entre el diablo.

3

Mi abuelo construyó con sus manos esta casa hecha de arcilla. Está alejada del centro del pueblo. Mi abuela eligió el sitio más por resignación que por gusto. Ella quería la casona que habitan los Calles, porque según se dice ésa fue la que fundó este lugar hace cientos de años. En cambio, optó por un pedazo de tierra en donde los limoneros se rozan con los mezquites y las nopaleras.

La casa forma un rectángulo perfecto. El color de las paredes es oscuro, el propio del adobe, y en ellas hay más ventanas de las necesarias. Se entra por el extremo izquierdo del frente, a través de una puerta de madera. Una vez dentro, recibe un fogón de leña que mi abuela mandó traer de la ciudad para no tener que hornear afuera el pan. De niña, la medía palmo a palmo y me parecía que el fogón podía albergar ollas hasta para un regimiento. A mano derecha se encuentra una mesa redonda de madera rodeada de seis sillas. Todas firmes todavía, aún después de que mi abuela las apabullara tarde tras tarde al contar las monedas logradas en el día. Al lado está la estancia en donde mi abuelo se sentaba a tomar café cuando caía la noche. Aún conservo el candil de petróleo que encendía, el mismo que me

acompaña en mis caminatas nocturnas. Un muro separa el camino hacia tres habitaciones, todas cada vez más solas.

Salgo al patio. El mezquite está listo para que me siente en la mesa que cobija con sus ramas de hojas finas. Observo el cuarto de baño, con sus paredes de carrizo. Detengo mi vista en la barda de piedra, ésa que en los primeros años de mi vida me parecía altísima y que ahora puedo cruzar con sólo un salto. Tras de mí hay cerros altos, verdes a veces.

Jalo la silla y me siento bajo el mezquite. Acá el tiempo corre distinto, como si la casa resguardara del paso del calendario a los objetos que contiene, como si lo de aquí afuera estuviera siempre a punto de perecer. Saco mi espejo y lo apunto hacia las mecedoras de madera. Sillas tambaleantes, carcomidas por el sol, muertas sobre sus patas. Que sólo soportan el peso de una mirada o el del tiempo. Nunca los dos juntos, porque se derrumban.

En el reflejo del cristal busco también a los árboles. De niña, en la penumbra de la tarde o de la madrugada, confundía los brazos torcidos del mezquite con los de un hombre intentando alcanzarme, alejarme de mi familia. Muchos años me atemorizaron, hasta que dejé de verlos como figuras a punto de abalanzarse sobre mí. Después se convirtieron en mi refugio.

Unas voces interrumpen mi pensamiento. Tres hombres se detienen tras la barda. Desde mi mesa los apunto con el espejo y al verlos me levanto de la silla. Busco con la mirada el machete y lo encuentro junto a la puerta. Lo tomo.

Espero a que hablen. Uno de ellos coloca un fajo de papeles en el muro. Luego golpea algo repetidamente, quizá un zapato, contra la barda.

—¿La señora Violeta Cuesta?

—Sí, soy yo. ¿Qué se le ofrece? —respondo, detrás del muro.

—Buenos días, señora. Licenciado Ramírez, para servirle. Venimos de parte del gobierno para tratar el asunto del traslado por la construcción de la presa. Usted aparece en la lista como dueña de esta casa —explica con voz grave.

—La dueña era mi abuela. Ella es Violeta viuda de Cuesta. Era, más bien. Murió hace unas semanas.

—Dios la tenga en su santa gloria —responde otro de lentes oscuros muy grandes, que descansan sobre una nariz rugosa como cáscara de naranja.

El licenciado revisa las hojas con el ceño fruncido. Su ropa luce arrugada y cada tanto se pasa la mano por una camisa color amarillo opaco, como si alisando los pliegues se sacudiera el pueblo de encima.

—Violeta Cuesta, ochenta y nueve años, dueña de esta casa, viva.

—Le digo que murió hace pocas semanas —repito.

—¿Estará el marido de su abuela? ¿El suyo? —pregunta el de la ropa arrugada.

—No vive ninguno de los dos —respondo, y el de los lentes oscuros se persigna.

—Señora, necesitamos hablar con alguien que pueda decidir —insiste.

—Cualquier cosa relacionada con la casa tendrán que verla conmigo.

Ramírez niega con la cabeza.

—¿Edad?

—Treinta y un años.

—Anótale, García. Animales: cero —ordena—. Ahora tenemos que enlistar sus posesiones para hacerle un ofrecimiento económico. ¿Nos permite pasar?

—En este momento no puedo.

—No se preocupe, no nos vamos a tardar —me responde Ramírez, mientras García y él se brincan la barda. Ramírez se alisa otra vez la camisa, ahora sudada, y ambos caminan hacia la puerta trasera. El que porta los lentes oscuros no los sigue.

—Le repito que no puedo atenderlos —digo, mientras intento llegar a la puerta.

García me toma fuerte del brazo.

—Será rápido —me dice, quitándome el machete de la mano—. No tenga miedo, señora, no somos animales.

El hombre me suelta y me abre la puerta al tiempo que hace una reverencia. Entro y ellos me siguen. Los dos inspeccionan todo con detenimiento.

—¿Vive alguien más aquí? —pregunta Ramírez.

—Yo sola.

—¿Tiene hijos?

—Una.

Los zapatos de charol negro de Ramírez están cubiertos de polvo. El tacón de sus zapatos deja huellas que dibujan una carcajada amplia en la tierra. Sigue anotando mis respuestas.

—Tres cuartos —describe el licenciado—. Uno está atrancado con tablones. ¿Por qué lo cerró?

—Así lo dispuso mi abuela en su lecho de muerte. Son sus santos y vírgenes.

—Mire nada más, estas cosas no se ven en la ciudad —responde Ramírez. Señora, volveremos en unos días para avisarle cuánto dinero le corresponde. El gobierno quiere que cuente con el apoyo suficiente para trasladarse a la ciudad, o a donde guste. Véalo como una oportunidad. Es más, si acepta irse cuanto antes, la anotamos en la lista y le aseguramos una casita en la ciudad.

—¿El pueblo va a quedar completamente inundado?

—Todo, hasta arriba. En unos meses, esto se va a convertir en un lago inmenso. Las máquinas ya funcionan a su máxima capacidad. Hasta tiembla la tierra cuando están encendidas.

—¿Y qué va a pasar con los muertos del cementerio?

—Nada. Ahí se van a quedar.

—Qué pregunta... —se entromete García.

—Ahí están mi hija y mi madre —específico.

—Pues réceles, despídase, coménteles que a donde va estará mejor.

—Yo no puedo irme sin ellas.

Ambos hombres ríen.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Sacarlas y llevárselas?

—Ramírez ríe otra vez. No les dé vueltas a las cosas, señora, si no le gusta la ciudad hay otros pueblos. El Norte, incluso. Nosotros le ayudamos. Es cuestión de que se decida.

—Consígase un marido, así las cosas le van a ser más fáciles —interviene García.

El hombre de lentes oscuros se asoma por la ventana del frente.

—Qué bonito limonero, señora. ¿Me convida un poco de agua?

—No tengo. Atrás hay una acequia —respondo.

—Un vaso de agua no se le niega ni al diablo, señora, menos con este calor. Ya hasta traemos la camisa transparente, y eso que estamos en febrero —insiste Ramírez.

—No se preocupe, señora, sirve que me lavo la cara —suaviza el de los lentes.

—Decida pronto, señora Cuesta. —Ramírez le hace señas a García y salen.

Observo cómo se alejan. Caminan despacio. Luego, se acercan a otra casa. Ahí sí les abren la puerta. Los pierdo de vista.

Me pregunto si esta casa será el siguiente cadáver.



Una noche me despertó un golpeteo. Abrí los ojos y vi una sombra borrosa que martillaba el muro. «¿Papá?», pregunté. Encendí el candil. La figura volteó sobre su hombro, sin responder. «¿Eres un fantasma?», insistí. Pero no era una sábana que flotaba con agujeros en los ojos, como la que describían muchos niños, ni tampoco una mujer vestida de negro. Tomé el espejo que había comprado para mi madre y apunté a la figura. Ahí estaba el hombre, picoteando la pared y escondiendo algo en los huecos que hacía. «¡Duérmete, Violetita!». Reconocí que era mi abuelo. Me levanté del catre y corrí a abrazarlo. «No le digas a tu abuela que me viste haciendo esto, porque tacón le va a hacer falta para tronarlo en el suelo», me dijo. «Ni a tu abuela ni a nadie», sentenció. Yo le aseguré que nuestro secreto estaba a salvo. «Pero si algún día falta tu abuela o yo, perfora aquí y tendrás con qué comer».